

Conversaciones del VIII ENAPOL

ASUNTOS DE FAMILIA, sus enredos en la práctica

Buenos Aires • Septiembre 2017

6. Las familias y las instituciones educativas

Responsable NEL: Beatriz García Moreno

Participantes: Martha Aguirre, Bernardo Cabezas, Jaime Castro, María del Carmen García, Erendira Molina, Piedad Ortega de Spurrier, María Solita Quijano, Alejandrina Rojas

El psicoanálisis en los intersticios entre la familia y las instituciones educativas

Apoyados en el discurso del psicoanálisis, los participantes en la conversación sobre “Las familia y las instituciones educativas”, hemos buscado caracterizar algunas de las modalidades de interacción e intercepción de ambas instituciones en la época actual, señalar en esos encuentros y/o desencuentros algunos síntomas contemporáneos y precisar posibilidades de intervención del psicoanálisis.

Como puntos de partida consideramos:

- La familia y las instituciones educativas son instituciones que se reajustan de acuerdo con el momento histórico. En la época actual, familia e instituciones educativas comparten la formación del niño y del adolescente. Ellas van en paralelo y se interceptan desde la más temprana infancia del ser hablante hasta su adolescencia, que hoy, se extiende hasta el nivel universitario. Esta intercepción se da en medio de acuerdos, desacuerdos e imposibilidades. No está exenta del malentendido entre seres hablantes.

- Cada una de estas instituciones desempeña una función particular en esa formación. En la familia, mediante las funciones maternas y paternas, se marca al ser hablante con el goce que define su singularidad, y se constituye el deseo que le da orientación para desempeñarse en el ámbito social. En la institución escolar se ofrecen caminos para la sublimación que orienta el deseo y regula el goce. En algunos casos, funciona como un lugar donde el infante o

adolescente puede tomar la palabra y ubicar algo de su goce, y encontrar en una contingencia, a alguien, maestro, psicólogo u otro adulto, que le abra caminos para orientar su deseo.

- Esta distinción entre familia e institución escolar se hace cada día más difusa, debido a la caída del discurso del amo relacionado con el Nombre del Padre, que dominaba la escuela, y a la expansión del discurso universitario no sólo al ámbito escolar, sino hasta la intimidad de los hogares [Indart, 2009]. Esto se evidencia en el abandono de los padres, de su lugar como transmisores de la ley y orientadores, para asumir, en muchos casos, un papel similar al del profesor evaluador.

- Hoy se presentan desajustes diversos en la intercepción entre familia e instituciones educativas, al no poder responder a las demandas que hace la una a la otra en torno a la formación del niño y del adolescente, quien se convierte en síntoma de ambas. Estas demandas tienen en común el logro de ideales relacionados con alcanzar la felicidad y el éxito en un tiempo inmediato, sin mayores exigencias ni frustraciones. La imposibilidad de responder la demanda crea una dinámica de delegar y asumir que rebasa la función particular de cada una, sin que al final, ninguna logre organizar algo de eso que se desborda o desanuda.

La familia, sus funciones y la institución escolar

En la época actual, factores tales como el declive del Nombre del Padre, el ingreso masivo de las mujeres al trabajo y a la esfera pública en general, han incidido en el cambio de la familia patriarcal a otros tipos de familia, y en el volcamiento de muchas de las funciones que antes se cumplían en el ámbito privado de la familia, a la esfera de lo público y, de modo particular, a las instituciones educativas.

El psicoanálisis plantea que si bien la familia es una institución cultural que ha variado en diferentes momentos de la historia, su estatuto va más allá, pues es en su seno donde se constituyen las relaciones psíquicas del individuo, en una lógica determinada por el inconsciente, y constituida por un real inamovible. Jacques Lacan en su temprano trabajo “Los complejos familiares en la formación del individuo” [1938] parte de reconocer a la familia como una institución que tiene un anclaje en el orden social y simbólico, pero aclara que a diferencia del orden animal, en la familia humana hay un atravesamiento de la cultura en el

orden instintual, que los instintos desde siempre, están atravesados por el lenguaje que ineludiblemente marca el cuerpo de modo singular, y posibilita la existencia de diferentes goces, y por lo tanto, abre la posibilidad a diversos tipos de familia, como lo ilustra la época actual.

Es función de la familia, la inscripción de los sujetos que se producen en ella, tanto en lo simbólico como en la herencia psicológica a la que alude Lacan. Para explicar esta inscripción, Lacan se vale del concepto de complejo en su dimensión inconsciente, y dice que es un organizador del sistema psíquico en el que intervienen conocimiento, imago y representación. En el proceso de constitución subjetiva distingue tres complejos, en los que intervienen el padre, la madre y el hijo de diferentes maneras.

El complejo de **destete**, que es el primero que desarrolla, lo sitúa en los seis primeros meses de vida y lo refiere a la pérdida irrecuperable del habitar intrauterino que se acompaña de un desajuste entre el mundo exterior y la prematuración orgánica. Para esta época el cuerpo se presenta fragmentado, afectado por la relación con el mundo, luego dirá, con el lenguaje, con la palabra. De este complejo queda la búsqueda permanente de eso perdido, que sugiere un primer encuentro con lo real. El infante en estos primeros meses, además de empezar a habitar en un lenguaje, habita en el deseo de la madre, es su deseo-falo, ocupa el lugar de objeto *a* que la completa, singularizado por el goce que lo acompañará siempre.

El segundo complejo, el de **intrusión**, que sitúa entre los seis meses y los tres años, lo refiere Lacan al estadio del espejo, al encuentro del niño con su imagen mediada por el reconocimiento del Otro, al júbilo que le produce el encuentro con la unidad del cuerpo brindada por esa imagen, y a la apertura a la intrusión del doble que hace tránsito al otro semejante, teniendo como efecto, una identificación confusa. Un objeto se interpone entre ambos y aparece la pregunta ¿es mío o tuyo? Es el momento en que se constituyen los celos entre los dos polos de lo imaginario, la fascinación y la rivalidad.

El ingreso temprano a la institución escolar unido a la desaparición de la familia numerosa, hace que, en la época actual, la escuela sea el lugar fecundo para el encuentro con ese otro semejante y que este complejo se despliegue ampliamente. Es frecuente escuchar que el niño o el adolescente solo puede hablar de su goce a través del goce del otro, en esa insistencia de lo que le molesta del otro, que lo invade y persigue. Sólo cuando lo haya en sí mismo, se disuelve la rivalidad imaginaria.

El tercer complejo es el de **Edipo**, en el que Lacan, siguiendo a Freud, plantea el ingreso del Nombre del Padre en la escena, como una metáfora del deseo de la madre, con funciones relacionadas con la prohibición del objeto madre, a modo de superyó, pero también como orientador del deseo en el camino del Ideal que abre hacia la sublimación. Es de notar que, en ese texto, ya señala el declive del Nombre del Padre, característico de la actualidad, que redundaría en que la familia se vuelque a la escuela en busca de la ley que regule el goce del infante, y lo provea de un ideal que oriente su deseo.

Esta demanda no significa el avance desde la familia hacia la escuela en la búsqueda de un padre eficiente, sino que más bien, es ejemplo de la integración en la familia, de la lógica de la escuela dominada por el discurso universitario [Indart, 2009], en tanto que el padre se ha movido hacia el lugar del profesor. En consecuencia, más que un subrogado del padre, la demanda puede leerse como la búsqueda de un mejor educador. Lugar al que vendrá después, la panoplia de especialistas incluyendo al psicólogo.

Este panorama indica que la escuela también está afectada por la declinación de la función paterna, y es así que, en algunos casos, es ella la que pretende cumplir la función que el padre no ha llevado a cabo, como, por ejemplo, la separación entre la madre y el hijo, la puesta en marcha de la ley a través de un límite que haga corte y permita que el deseo se relance.

Jacques-Alain Miller, en el texto “Cosas de familia en el inconsciente” [2008], retoma los desarrollos de Lacan de diferentes momentos de su enseñanza, y precisa que “La familia está conformada por el Nombre-del-Padre, el deseo de la madre y por los objetos *a*”. La pregunta se orienta a precisar cómo se realizan esas funciones en una época dominada por el declive del Nombre del Padre y comandada por los objetos *a* comanda, y qué demanda la familia a la escuela.

Las transformaciones del orden simbólico implican hablar de las familias en plural. Esto obliga a tener en cuenta que las funciones familiares, Nombre del Padre (NP) y Deseo de la Madre (DM), se encarnarán de diferentes maneras, que no hay correspondencia entre las funciones paternas y maternas y la condición biológica de padre y madre.

Ante esta situación que podría llevar a la añoranza del padre, es conveniente recurrir a la conceptualización de Lacan, de la pluralización del Nombre del Padre que hace de éste un semblante más, y apuntar a ubicar en la familia y en la escuela, aquello que pueda cumplir la

función de anudamiento. En otras palabras, si bien ya no hay el padre de la tradición, sí hay semblantes que pueden cumplir la función de anudamiento.

Las instituciones educativas, la familia y el discurso universitario

Piedad Ortega en su texto “El niño, sus síntomas y el psicoanálisis” [2013] aborda al niño como síntoma de la familia y también al niño como síntoma de la escuela. Si la función de la familia es la transmisión de un deseo que no sea anónimo, y ese deseo no existe o falla esa transmisión, el niño se convierte en síntoma de la familia, y, de igual modo, el niño también puede ser un síntoma para la institución educativa, en tanto que ésta no siempre es capaz de orientarlo en el camino del deseo que lo hace singular. Muchas veces, los padres y educadores que acompañan el crecimiento del niño, parecen confundir la independencia emocional con la física, y ello no contribuye para su inscripción en lo social. Esta situación se liga a la posición del estudiante como objeto *a plus*, es decir como objeto que tiene como valor agregado el saber del discurso universitario, comandado por el saber impersonal, S_2 , en el que se inscribe y que se espera que adquiera [Indart, 2009].

Las nuevas realidades de las familias en el orden simbólico actual, no dejan de tener su incidencia en la vida de las instituciones escolares. Las familias siguen demandando a éstas, la formación de sus hijos, pero si antes, esas demandas se planteaban en términos de continuar con su formación, hoy en aumento creciente, se orientan a que la realicen en su totalidad. Es como si los padres de hoy, tendieran a depositar en las instituciones escolares a sus hijos –una nueva forma de reducirlos a objetos–, y a delegar en éstas, la transmisión de la herencia familiar. La familia demanda a la escuela que cumpla con lo que ellos como padres no han logrado transmitir; que además de la formación académica, los forme en valores cívicos y sociales, en su carácter, y que los prepare para competir en el mundo del igual para todos.

Esta demanda viene acompañada de síntomas sociales, que al parecer han aumentado en los últimos años, como son el “*bullying*” y/o “violencias escolares”, el TDHA, el fracaso escolar, etcétera, que por lo demás, se han convertido en fuente de segregación. Es frecuente escuchar a niños y jóvenes decir que están solos (aunque estén acompañados físicamente), que no tienen con quien hablar de lo que les ocurre [Ortega, 2013]. Se les ve agotados, aburridos,

cumpliendo horarios de clases extracurriculares, sumidos en la demanda académica, o pegados a los aparatos tecnológicos, lo que provoca que se queden sin espacios para realizar juegos libres, sin momentos para la contemplación u observación de la naturaleza, para desarrollar el gusto por la lectura, por la música o el arte, sin opción para la invención.

Cabe decir, que las instituciones educativas dominadas por el discurso universitario, han variado su misión y las modalidades de impartir el saber. Si tradicionalmente se encargaban de continuar con los caminos marcados por el Nombre del Padre como lugar de instrucción y de elaboración de los ideales sociales, hoy, se ven abocadas a desarrollar competencias y a cumplir con las evaluaciones y los estándares impuestos por organismos centrales de gobierno, que tienden a la homogenización de los alumnos, aunque, paradójicamente, se espera que cumplan con funciones sustitutas, maternas y paternas, que ya no se desarrollan en el ámbito familiar.

Si la educación actual está enfocada a buscar el “éxito escolar” [Ortega, 2013], se hace necesario pensar qué es lo que define a la institución educativa para poder orientar su función en la formación de los sujetos, y la función que, en esa formación, tendrían que desempeñar los maestros. Piedad Ortega comenta que cuando se les ha preguntado a algunos padres sobre lo que esperan de la escuela, mencionan: desarrollo académico, desarrollo social, desarrollo cívico, desarrollo vocacional, formación del carácter, en otras palabras, lo desean todo; y agrega que, ante tal demanda, el resultado es el de maestros agobiados por la cantidad de trabajo y alumnos con problemas de aprendizaje y de conducta. La demanda insatisfecha también puede conllevar reacciones sutiles de desagrado, violencias verbales y físicas contra los dirigentes escolares y maestros, sin mencionar que estos deberán dedicar parte de su tiempo, a atender las demandas legales interpuestas por los padres a las instancias de gobierno. La demanda de un todo confunde y trastoca la posición del profesor, no sólo en su función de transmitir conocimientos académicos, sino, de modo más significativo, como transmisor de su propio deseo, que es lo que lo hace depositario y a la vez facilitador de la relación transferencial necesaria para favorecer en el alumno, el deseo de saber.

En la época actual, las instituciones educativas dominadas por las leyes del mercado, se han multiplicado, y en su variedad se ofrecen a los padres para que escojan, o son los mismos hijos, que han adquirido voz, los que las eligen. En la amplia oferta educativa se pueden encontrar desde las instituciones tradicionales que quieren hacer valer la presencia de un

Nombre del padre, sean ellas religiosas o civiles, ligadas a los grandes ideales del bien, la verdad y la belleza, hasta las orientadas por las últimas tecnologías, donde son los objetos *a*, *gadgets*, unidos a nuevas pedagogías, los que se ofrecen en una amplia gama de posibilidades. Sin embargo, ninguna de ellas escapa al discurso universitario que como se dijo, establece un para todos igual, y el cumplimiento de estándares impuestos por organismos centrales gubernamentales.

Para el psicoanálisis no se trata de que la variedad de pedagogías se haya multiplicado, se trata de la transmisión de un deseo que no sea anónimo, en este caso encarnado en educadores que puedan dar cuenta de su falta y de la posibilidad de abrir espacios para la invención. Cada uno responderá a esa ley de la oferta y la demanda, pero como lo plantea el del discurso analítico, los efectos se darán de acuerdo con su singularidad.

La transmisión de un deseo no anónimo, se dificulta en la actualidad cuando los padres rechazan su saber inconsciente en pro de los manuales de turno. Ello implica una desresponsabilización que esconde al sujeto barrado. Mientras antes el sujeto se formaba de acuerdo con creencias que se sostenían en un acto de fe que no tenía garantías, ahora su formación está en función de lo que adquiere de ese saber impersonal, S_2 , que presume de ofrecerle garantías.

Un lugar para el psicoanálisis en la intercepción familia e instituciones educativas

Un punto necesario a señalar en relación con el aprendizaje en la institución escolar, es que los problemas para aprender del niño o adolescente desde la perspectiva del psicoanálisis, son diferentes a los relacionados con la “adaptación escolar” [Ortega, 2013]. Es necesario considerar en un sujeto que aprende, aspectos tales como los elementos estructurantes en su constitución subjetiva, la posición que toma ese sujeto ante su propia historia, la responsabilidad subjetiva cuando fracasa en el contexto escolar que puede revelar el encubrimiento de un goce que consiente o no a perderlo. Desde esta perspectiva, se desprenden intervenciones diferentes ante el síntoma. Las intervenciones pedagógicas suelen orientarse a cubrir o completar algo que falta con apoyos extracurriculares, tareas supervisadas que pueden durar años, que participan en eternizar un goce oculto, no solo en el sujeto niño,

sino también en el sujeto maestro. El psicoanálisis por su parte, busca agujerear el discurso universitario del “para todos igual” y “todo se puede dar”, e introducir la lógica del no-todo que permite ubicar la falta en su relación al deseo.

Se trata de pensar que el lugar del maestro esté ocupado por alguien que pueda transmitir un más allá de los contenidos académicos, un saber hacer con su falta propia. Por su parte, un analista en una institución escolar, apunta a agujerear los discursos del amo y de la universidad para abrir la posibilidad de la división subjetiva de aquellos que escucha. Su papel no es taponar al sujeto mediante la aplicación de pruebas estandarizadas y el diagnóstico mecánico de niños y adolescentes limitados en la toma de la palabra, y reducidos a objetos *a* de los otros. Para el psicoanálisis la serie de síntomas que los niños o adolescentes manifiestan son un intento de responder a lo que a cada quien le resulta imposible de tolerar, y plantea que esto es posible de ser escuchado desde un lugar que le facilite al niño una posibilidad de anudamiento, mediante el deporte, las artes, alguna materia u otro, donde pueda hacer valer su singularidad. La ética del psicoanálisis apunta a dar lugar a la singularidad de aquel que toma la palabra y llega a implicarse de manera subjetiva en aquello que le sucede.

Bibliografía

Coccoz, V., La práctica lacaniana en instituciones: otra manera de trabajar con niños y jóvenes. *La práctica lacaniana en instituciones I. Otra manera de trabajar con niños y jóvenes*. Buenos Aires: Grama. 2014, pp. 7-20.

Coccoz, V., *Hacerse su familia*. <http://citaenlasdiagonales.blogspot.com.co/2016/03/hacerse-su-familia-por-vilma-coccoz.html>

Indart, J. C., *El Padre y el Profesor*. CID. Lecciones Inaugurales. Bogotá. 2005, pp. 29-46.

Lacan, J., (1938) Los complejos familiares en la formación del individuo. *Otros escritos*. Buenos Aires: Paidós. 2012, pp. 33-96.

Lacan, J., Notas sobre el niño. *Otros escritos*. Buenos Aires: Paidós. 2012, pp. 393-394.

Miller, J.-A., Cosas de familia en el inconsciente. Revista *Mediodicho* N° 32. Córdoba: Publicación de la Escuela de Orientación Lacaniana-Sección Córdoba. Argentina. 2009, pp. 11-23.

Ortega de Spurrier, P., *El psicoanálisis, la familia y la educación*. Nueva Escuela Lacaniana de México. Publicación *online Variedad*. Septiembre de 2011.

Ortega de Spurrier, P., "El niño, sus síntomas y el psicoanálisis". Seminario inédito dictado en Ambato. Ecuador. 2013.

Seynhaeve, B., La adolescencia en el siglo del objeto. Cocooz, V. (Comp.) *La práctica lacaniana en instituciones I. Otra manera de trabajar con niños y jóvenes*, Buenos Aires: Grama. 2014, pp. 119-142.

Seynhaeve, B., El padre del cual uno se sirve. Cocooz, Vilma (Comp.) *La práctica lacaniana en instituciones I otra manera de trabajar con niños y jóvenes*, Buenos Aires: Grama. 2014, pp. 143-159.